

## II. NOTAS

### EL TEMBLOR POÉTICO DE TRILCE EN EL SUR DE CHILE

*Carlos Cortínez*

Florida A.M. University

Al recibir la invitación de ustedes para venir a hablarles de mi experiencia poética en Chile como miembro del grupo Trilce, recordé un juvenil verso nerudiano revelador de un precoz desencanto en su autor: “Todo se va en la vida, amigos. Se va o perece”. La rotunda afirmación no admite excepciones: *todo se va en la vida. Se va o perece*. Esa patria, esos amigos, esa vida alegre, poética, espontánea, ese grupo Trilce, ay, todo ello me parece también a mí, a veces, ido, ido para siempre, disuelto en el pasado, muerto.

La tecnología tiránica que nos rige ha hecho tan vertiginosa nuestra época que ocuparse hoy de hechos ocurridos en la década de los sesenta pareciera exigir una labor historiográfica —o quizá arqueológica—. Los afanes de un grupo de jóvenes interesados en la poesía en una pequeña ciudad de provincia chilena, han quedado tan lejanos en el tiempo y la geografía que podría pensarse inútil y ocioso, aquí y ahora, ocuparnos de ello. Aquí en Colorado y ahora, al umbral del nuevo milenio. Pero ustedes lo han querido así y aquí estoy, dispuesto a complacerlos en la medida en que mi memoria y mi limitado conocimiento de los hechos me lo permitan.

Un poeta valdiviano, Walter Hoefler, a punto de irse de su ciudad al exilio forzoso, al despedirse de ella, se pregunta retóricamente en un verso: “¿Cuánto te habrás alejado?”. La pregunta queda, naturalmente, sin respuesta. Y en el verso siguiente el poeta agrega: “Pero tú o alguien, alguna vez, te retornará”<sup>1</sup>. Ese “tú o alguien”, para mí, han sido ustedes con vuestra estimulante invitación a revivir tiempos pasados. Ustedes han creído traerme a Greeley, pero en verdad me han retornado, siquiera fugazmente, a Valdivia. ¡Gracias!

Aunque no estoy recordándolos a cada momento, los años que viví en Valdivia los considero, si no los más felices, los más importantes de mi vida. Los que me encaminaron al encuentro conmigo mismo, encuentro que quizá todavía no ocurre cabalmente, pero del que me parece estar cada día más cercano. “Uno no sabe verdaderamente quién es” —dijo Borges muchas veces— “hasta el momento mismo de su muerte”.

Aunque no he sido un poeta profesional, en el sentido de que el pan no me lo ha ganado mi escritura, sino la enseñanza, considero que la columna vertebral de mi vida se la debo a la poesía. Si es cierto que “no sólo de pan vive el hombre” como dice la Biblia, ciertísimo es que yo he vivido, espiritualmente, de ella. La poesía —la ajena y la

<sup>1</sup>Walter Hoefler, “Bajo ciertas circunstancias”, en Steven White (Ed.), *Poets of Chile. A Bilingual Anthology*. Introducción de Juan A. Eppe. Greensboro: Unicorn Press, 1986. Pág. 84.

propia— me ha sido el hilo conductor de mis pasos, extraviados o no, por esta tierra. Y por eso, si he de preguntarme hoy quién he sido, mi respuesta más obvia tendría que ser la de que he sido un poeta. Sólo quiero decir con esto que me ha guiado la emoción antes que la razón, y la búsqueda de la temblorosa belleza antes que la de sólidas posesiones materiales. Mi vida no ha avanzado en línea recta sino a impulsos intermitentes. Más que una colección de metas, logradas o fallidas, la considero, más bien, un conjunto disperso de instantes privilegiados. Usando una frase de Machado, podría decir que yo también “sólo recuerdo la emoción de las cosas y se me olvida todo lo demás. Muchas son las lagunas de mi memoria”.

Por esto, me alivia no ser yo el responsable de transmitir hoy toda la circunstancia histórica relativa a Trilce. Eso ya está hecho en generosa atención por estudiosos y críticos de la literatura chilena<sup>2</sup>. Así podré, sin gran sentimiento de culpa, limitarme a darles a ustedes sólo una visión muy personal de mi experiencia poética valdiviana.

Lo más habitual en los países latinoamericanos ha sido que quienes nacen alejados de la capital intenten, tarde o temprano, trasladarse a ella en busca de mejores oportunidades y mayor amplitud vital. Yo nací en Santiago, viví allí 28 años y, en un momento de crisis personal, en vez de suicidarme, me fui lejos, en contra de la corriente, a Valdivia. Esta ciudad de provincia había tenido, en tiempos pasados, moderada importancia. En el siglo diecinueve hubo una exitosa inmigración de alemanes que le dio auge económico y una fisonomía diferente de las demás ciudades chilenas. Pero en el año 1962, lo que encontré en Valdivia eran señales de deterioro por todos lados. Un horrible terremoto en 1960 la había parcialmente destruido y la antigua prosperidad económica ya debilitada, se había esfumado por completo. El clima, desde siempre, había sido deprimente porque en la ciudad llueve todo el año y ese clima inhóspito fue una de las pocas cosas que el terremoto no alteró<sup>3</sup>. Lo único favorable ocurrido en Valdivia en los últimos años, había sido el nacimiento de la Universidad Austral. Aún esa empresa estaba en crisis por falta de confianza general en la gestión de su Rector fundador, quien había sido forzado a renunciar. Entre los profesores, quien podía marcharse se había ido o estaba preparando las maletas. Al llegar, el panorama era, pues, desolador. Como en el soneto de Quevedo, puedo decir que en Valdivia, en enero de 1962, “no hallé cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte”.

Sin embargo, pronto surgieron algunos signos positivos de recuperación. La Universidad atrajo como Rector a un joven y brillante intelectual, Félix Martínez-Bonati, doctorado en Filosofía en Alemania, riguroso y enérgico, que logró en poco tiempo recuperar para la Institución la confianza de las autoridades educacionales y del parlamento. En cuanto a mi vida personal, la llegada de Martínez-Bonati significó un extraordinario estímulo que me ayudó a encauzar mi vida. Poco después, el traslado de mi familia desde Santiago me devolvió algo de estabilidad emocional. Conseguimos una vieja casona de madera frente al río, modesta y hermosa, cargada de atmósfera poética, donde vivir, mi esposa, yo y nuestros cuatro hijos. Mi vida daba señales, a la par que la ciudad que me acogía, de encaminarse hacia tiempos halagüeños.

Un buen día, sin embargo, un incendio consumió en breves minutos nuestra casa dejando mal heridos a tres bomberos. Mi familia fue acogida, en forma fragmentada,

<sup>2</sup>Luis Bocaz, Javier Campos, Grinor Rojo, Soledad Bianchi, Juan Epple, Ricardo Yamal, Jaime Concha, Carmen Foxley, Ana María Cúneo, *et al.*

<sup>3</sup>Bromeando se dice que sólo hay dos estaciones en Valdivia: el invierno y la del ferrocarril.



por amigos. Al día siguiente, sin techo propio, sin familia a mi lado, mientras me desayuno en casa ajena, deprimido, leo en el diario la noticia de la tragedia. En la misma página se anuncia la convocatoria a un concurso de poesía. Sin tener ánimo para ninguna otra tarea práctica, escribo rápidamente un poema y lo envío al concurso. Días más tarde, ya casi olvidado de haberlo escrito, me entero de que ha ganado el primer premio. Esto me significó una medalla, algo de dinero y el modesto halago de verlo publicado en el diario local. Yo venía escribiendo poesía desde los 15 años, en forma muy espaciada y por cierto, casi secreta. Había visto publicados dos o tres de mis poemas en revistas y ni se me había ocurrido intentar la publicación de otros. Pero esta vez mi poema, cantando la gran belleza de una desconocida reina valdiviana, tuvo una curiosa y decisiva repercusión. Me visitó en mi oficina de la Universidad un joven estudiante, serio, delgado, circunspecto, cálido: Omar Lara. Tenía publicado un libro de poemas tan delgado como él y había fundado un grupo de poesía junto a otros estudiantes universitarios. Planeaba la publicación de una Antología colectiva y quería ver si tenía yo otros poemas que pudieran ser incluidos en ella. Le dije que sí, que los tenía y le dije que no, que los consideraba cosa privada y que no me interesaba publicarlos. El joven me pidió, en todo caso, permiso para leerlos. Me disculpé diciendo que no sabía donde los tenía. Prometió volver y yo buscárselos. Después de un par de visitas tuyas, siempre serias y circunspectas, pero que revelaban firme determinación, decidí confiarle algunos borradores. Al poco tiempo, siete de aquellos poemas habían sido seleccionados por Jaime Concha y publicados en *Poesía del Grupo Trilce*<sup>4</sup>. Así fue como quedé incorporado a ese grupo literario y comencé a perderle el temor a ver impresos mis poemas. Se lo debo, en parte, a ese fuego devorador que me dejó por un tiempo a la intemperie, y en mucho, a Omar Lara que me acogió fraternalmente en Trilce.

En el mundo hispánico, que valora la amistad y el diálogo, son frecuentes las asociaciones literarias de toda índole. Hay las que surgen en torno a una generación (como en España, las generaciones del 98 o la del 27). Y tales generaciones se vinculan a un hecho histórico (la derrota española en Cuba), a un aniversario (un homenaje a Góngora), o, simplemente, al azar de circunstancias menores como la amistad de los cofrades. A veces nuevas ideas estéticas aglutinan a quienes las aceptan, como los modernistas encabezados por Darío o los ultraístas en torno a Cansinos Assens. Una mera rivalidad casual ha bastado para crear grupos literarios (en Buenos Aires, los de Boedo y Florida en los años veinte). En Chile, la tradición en poesía había sido la del escritor solitario que emerge por valores propios, a pulso, como Huidobro, la Mistral y Neruda. Entre los narradores, la colonia Tolstoyana reunió prosistas en torno a los ideales del novelista ruso de fines de siglo. En poesía, el grupo más notorio de este siglo ha sido el de la Mandrágora, en la modalidad surrealista y bajo el ejemplo vital de André Breton.

Ahora bien, respecto a Trilce, ¿qué circunstancias lo crean y lo mantienen? Me parece que en el origen está la fuerte convicción de un individuo, de Omar Lara, asistido por algunos amigos que demostraban incipiente interés en la literatura. Era el año 1964 y esto ocurría en Valdivia donde los jóvenes aquéllos estaban vinculados, como alumnos o funcionarios, a la Universidad Austral.

<sup>4</sup>*Poesía del Grupo Trilce*, Selección y Prólogo de Jaime Concha. Valdivia: Universidad Austral de Chile, 1964.

¿Y por qué ese nombre de Trilce? Hay que decir, simplemente, que la eufonía del neologismo y el prestigio literario de esa obra especialísima en la lírica hispánica eran acaso secundarios a la muy clara admiración de Lara por la poesía de Vallejo. Y fue premonitorio que esos jóvenes estudiantes no bautizaran su grupo vinculándolo a obra o autor chileno, con tanta oferta tentadora dentro de sus fronteras. Creo que con ello, ignorando la obvia inclinación nacionalista que predomina en Latinoamérica, deliberada o inconscientemente, dio el grupo una primera señal de apertura espiritual, delatando, desde el inicio, amplitud de miras en vez de estrechez provinciana.

Importante fue también la ciudad donde se desplegaría la futura actividad poética. La ciudad de Valdivia, terremoteada, pobre y de clima inclemente es, sin embargo, una bella ciudad. La persistente lluvia invita a sus habitantes a la vida recogida. Y los infrecuentes días de sol se reciben como una fiesta, estimulan la euforia y sacan a los enclaustrados a respirar aire libre. Hay un gran río dominante, hay infinidad de árboles e islas fragantes y muy cerca el ancho río desemboca en el mar. Un mar, pacífico de nombre pero aguerrido de alma, que se abre al mundo e invita a los valdivianos a soñar con exotismos y aventuras. Aunque la historia de la poesía pareciera indicar que el clima mediterráneo —cuya generosa luz y tibias brisas favorecen al amor, la amistad y el diálogo— resulta ideal para expandir el espíritu y cargarlo de sueños líricos, lo opuesto, si bien menos frecuente, es también posible. Sabemos que de Andalucía viene la gran poesía española, pero igual Galicia, de clima opuesto, produce lo suyo. Pues bien, a nosotros, los de Trilce, nos ampararon los perpetuos grises, la incómoda lluvia, y sin el estímulo del paisaje exterior, los sueños introspectivos del alma enclaustrada.

Puedo dar testimonio de que en ese ambiente, de una provincia sin actividad cultural, alejada de la metrópoli, sin distracciones, con habitantes dados más al silencio que al intercambio social, éramos Lara, Valdés, Schopf y yo, ávidos del encuentro cotidiano, no porque fuésemos antiguos amigos o individuos semejantes —que no éramos ni lo uno ni lo otro— sino porque compartíamos el morbo literario. A pesar de las diferencias individuales, esa afición absorbente, ese diálogo incesante, nos hermanó para siempre.

El apoyo de la Universidad Austral y la benévola aceptación de su Rector, resultaron también decisivos. Cuántos grupos literarios, por no tener mecenas, han de limitarse a la escritura individual, casi secreta y a la mera lectura *sotto voce*, de amigos cercanos. La Universidad nos dio acceso libre a sus aulas, su teatro, su imprenta y con ello pudimos ir publicando, primero unas modestas “Hojas de poesía” y luego una “Revista de poesía”, ya no tan modesta. Estas publicaciones nos ayudaron a superar nuestro arrinconamiento geográfico dándonos amable resonancia externa. Las hojitas volaron con su mensaje poético tocando a los poetas dispersos a lo largo del país. Y las respuestas volaron también, cálidas portadoras de poemas, hacia nosotros. Residir en Valdivia no era requisito indispensable para sentirse copartícipe de Trilce. Mientras viví en Chile, hasta 1968, el núcleo local de Trilce lo formamos los cuatro que he mencionado. Pero en los años siguientes muchos otros poetas ingresaron y fueron incluidos en las actividades del grupo. Todo este proceso, de entrar o salir de Trilce, no estaba especificado en nuestros estatutos —que, por cierto, tampoco tuvimos nunca. No había ni cuotas de incorporación, ni formularios ni ceremonias. La burocracia y la reglamentación eran una peste de la que huíamos. Todo era más o menos improvisado y esto causaba menos problemas que un saludable efecto de libertad y fraternidad. Si hubo ocasionales fricciones, no fueron graves, ni perdurables. Había



un capitán del barco, Omar Lara, y los demás éramos gustosos tripulantes. No se imponían exigencias y nadie recibía o demandaba tratamiento especial. Cuando había algo que hacer, lo hacíamos entre todos. Cada cual aportaba de acuerdo a sus posibilidades o talentos. Por cierto que en este país del norte, nadie tomaría en serio a un grupo tan poco estructurado, sin tesorero, sede social, fotocopiadora, secretaria ni reglamentos. Pero lo que acaso no marcharía en Estados Unidos, país obsesionado por legalismos, y sobrecargado de comités y subcomités, pudo funcionar bien en Chile, a pesar de que la tradición burocratizante no es del todo ajena al mundo hispánico. El grupo era de poesía, y poética era nuestra manera de navegar contra la corriente prosaica de la vida. Creo que de esta flexibilidad, como la del árbol, en la cima de la montaña, estamos todos felices pues en ella estuvo nuestra fuerza. Yvaya si la tuvimos, para organizar encuentros nacionales de poetas, producir periódicamente una revista, dar recitales frecuentes en ciudades del sur de Chile, mantener sesiones semanales (los llamados “Lunes de Trilce” en las que estudiábamos a poetas de generaciones anteriores a la nuestra) o cumplir un esforzado viaje de confraternidad poética y conferencias al Perú. Todo eso fue valioso y lo hicimos sin presupuestos ni un pesado organismo administrativo y, por cierto, sin soñar en ninguna utilidad práctica. Como coloquialmente decimos en Chile: por puro amor al arte. No buscábamos otra satisfacción que la de nuestro hacer cotidiano y a ella se sumaba la fraternal respuesta que nos daba el resto de los poetas chilenos. Los consagrados, como Gonzalo Rojas, Braulio Arenas, Nicanor Parra, Enrique Lihn y otros, nos estimulaban y accedían, gustosos, a participar en nuestros actos sin esperar ni recibir jamás compensación monetaria alguna. Unas cervezas frías, una cama limpia en cualquier casa y largas conversaciones nocturnas: ésas eran nuestras monedas. Otros poetas, más cercanos a nuestra edad, aunque viviendo en ciudades lejanas, como Oscar Hahn en el norte, Jorge Teillier y Waldo Rojas en Santiago, Jaime Quezada y Floridor Pérez en el sur, estuvieron desde el principio tan presentes con sus versos y su estímulo en nuestra vida literaria que hay quienes los consideran poetas integrantes de nuestro grupo. Otro aporte tonificante para el grupo fue la incorporación de Luis Oyarzún quien me sucedió en el cargo de Director de Extensión Cultural de la Universidad Austral cuando yo me vine a los Estados Unidos. No fui testigo directo pero sé que él, con su formación filosófica y su fina sensibilidad poética, tuvo muy destacada participación e influencia en las actividades de Trilce.

Ahora bien, otro hecho importante en la historia de Trilce, aunque trágica en el contexto nacional, fue el golpe militar que, en septiembre de 1973, pusiera fin a la democracia chilena. Se sabe que la acción militar de Pinochet intentó justificarse como reacción en contra de las fallas del gobierno de Allende, pero al irse al otro extremo, el nuevo gobierno cayó no sólo en errores sino en el exceso, la tortura y el crimen, que son, por lo demás, lo habitual en regímenes dictatoriales. Los artistas e intelectuales chilenos fueron tratados con igual dureza que los combatientes políticos, asignándoseles a aquéllos la responsabilidad por las acciones de éstos. Así se produjo esa dolorosa diáspora que afectó a miles de chilenos, atenuada por la generosa hospitalidad que muchos países ofrecieron a los desterrados. La actividad poética de Trilce, aunque privada de medios en Chile, continuó en el exilio y tuvo cierto apoyo internacional. Así también sus actividades dejaron de cumplirse en Valdivia: con el mismo espíritu, desinterés e inocencia con los cuales recorrimos modestos liceos de la zona sur de Chile llevándoles un mensaje poético, participaron algunos compañeros en París, en noviembre del 82, en un recital auspiciado por la Universidad de La

Sorbonne. La revista siguió apareciendo, con intermitencia, desde Francia, hasta que de pronto se transformó en LAR, que publicó trece números, vinculada a una empresa editorial de Omar Lara. Trilce ha seguido estos años, más o menos en el silencio. Digo “más o menos” porque conociendo bien a Omar Lara sé que, mientras él esté vivo, viva —o siempre a punto de revivir— estará esa aventura que él iniciara en marzo del 64 en una cabina telefónica y que está sustentada por su infatigable amor a la poesía.

Quisiera ahora enfocarme en aquellos compañeros con quien compartí cuatro años de mi vida, los ya mencionados, desde 1964 hasta 1968. Todos sabemos cuán subjetiva es nuestra percepción de la temporalidad. A veces una década feliz pasa volando y dos semanas de depresión se hacen eternas. Cuatro años no son un largo período en la vida de un adulto. Para mí, aquellos años seminales, los últimos que viví en mi patria, tienen una resonancia especial y no terminan de pasar. Cumplía con mis funciones, nada agobiadoras, en la Universidad Austral y trataba de vivir en armonía familiar con mi esposa, una profesora de ballet, y nuestros cuatro hijos pequeños. Eso era lo establecido, la parte oficial de mi existencia. Pero estaba paralelamente esta otra actividad tan entrañable, ni obligatoria ni remunerada, pero que presentaba exigencias en algún sentido más absorbentes que las del trabajo o la familia.

Aquello era lo de la poesía y lo de Trilce. Como poeta aficionado, yo no sabía de antemano, por cierto, qué ni cómo debía leer, ni qué tendría o querría escribir en mi vida. Un joven poeta avanza a ciegas, ayudado por su instinto, sin otra brújula que lo lleve a puerto. A veces, poemas que mis amigos admiraban, no me decían a mí nada y vibraba, en cambio, con otros que ellos desdeñaban. Y cada uno de nosotros era en esto semejante. No estábamos obligados, naturalmente, a escribir de una manera uniforme, ni a emparejar nuestras admiraciones o rechazos. No habíamos surgido en torno a un ideario común ni nos sentíamos paladines de una nueva estética literaria. Lo importante era, en cambio, que éramos amigos y que como tales nos comunicábamos entre nosotros lecturas y escrituras, nos leíamos mutuamente sin predisposiciones en uno u otro sentido, y nos criticábamos sin falsa diplomacia, con una franqueza autorizada por la amistad y el sabernos ni superiores ni inferiores a nadie. Sin necesidad de buscarnos, nos encontrábamos a diario, en el café Palace, en la plaza, en cualquier parte, y ésa era una de las ventajas de vivir en ciudad pequeña. Todos teníamos familia pero rara vez nos reuníamos, al estilo americano, con esposas e hijos en paseos campestres o fiestas navideñas. No desdeñábamos a las mujeres —al contrario— ni a los niños, pero la nuestra era una amistad varonil fundada exclusivamente en la común afición literaria y el diario quehacer poético. La vida familiar era cosa privada de cada uno y la de los demás sólo podía interesarnos si el poeta la tocaba con su verso. Suerte tuvimos también de no tener esposas dominantes que se sintiesen demasiado postergadas. Cumplíamos lo mejor que podíamos con nuestras obligaciones laicas, pero era un privilegio que gozábamos el de ser absolutamente libres, como aves de rapiña, para lanzarnos a escarbar y discutir y analizar, *ad nauseam*, cualquier asomo de carroña poética. Ésa era nuestra religión y allí estaba nuestro alimento espiritual. Y, por lo menos yo, aunque por mi profesión he seguido vinculado a diario a la literatura, no he vuelto a recibirlo con tal intensidad en mi vida.

**Omar Lara** (1941, Nueva Imperial) y Enrique Valdés, del grupo fundador, eran estudiantes de castellano. Como ya he dicho, Lara admiraba a Vallejo y en sus primeros poemas reflejaba la influencia estilística del poeta peruano. Además, su actitud humana era semejante. Lacónico y con un sentido de fraternidad y solidaridad. Muy sensible



al dolor humano, a la injusticia social. De modo natural se sintió inclinado ideológicamente hacia el marxismo pero fue más un simpatizante que un verdadero activista político. Su poesía inicial me parecía muy diáfana, inscrita en la modalidad nostálgica y sentimental. A raíz de la represión militar tuvo que irse al exilio. Deambuló por varios países hasta llegar a Rumania donde se afincó por un tiempo con indudable provecho. Completó estudios interrumpidos, escribió mucho, publicó y tradujo. No conozco toda su obra hecha en el exilio pero a diferencia de otros poetas "láricos", su obra no se ha contentado con repetir una fórmula. Ha conservado como rasgo personal el fragmentarismo, que le resta accesibilidad a algunos textos pero los carga, casi siempre, de ricas sugerencias. No nos deja su poesía una visión unívoca de sí mismo, como la que ofrece su primer poemario. En algunos versos entreveo a un ser melancólico y sufriente, y ello no se corresponde con el joven poeta que yo conocí hace treinta años. El hombre ha recorrido el mundo y al hacerlo ha ido, naturalmente, mudando su piel y encarnándose en muy diversos hablantes que le dan variedad de perspectiva a su discurso lírico. Al volver del exilio no se radicó en Santiago sino que se fue nuevamente al sur, despreciando las ventajas de la metrópoli; convencido quizá de que "estas ciudades del sur enfervorizan y pervierten la imaginación"<sup>5</sup>. Los años, los viajes, los golpes, los triunfos, el destierro, no han anulado algo suyo esencial ligado desde su infancia a esa tierra sureña. En su labor literaria, que yo sepa, sólo ha escrito poesía. Y ha traducido a varios poetas rumanos al español. No sé que tenga nada en narrativa o ensayo. Es, pues, claramente, el verso su vocación. Un verso quebrado, elíptico, a veces sarcástico pero, por la mayor parte, terso, con una dureza exterior que trata quizá de proteger con lo abrupto, un interior frágil, vulnerable. Su poesía lo muestra muchas veces como un ser desamparado. Sin embargo, en la vida real, ha estado siempre rodeado de amigos. Tenía hogar, esposa y muchos hijos. Sin una profesión demasiado clara, me imagino que la empresa de vivir le ha arrebatado más energías que las que él hubiese querido darle. A su lado ha estado, sin embargo, como una novia fiel, esta droga benéfica, su afición poética que le habrá compensado, quiero creerlo, por la tarea no siempre grata, nunca fácil, de vivir cotidiano.

He aquí dos poemas de su libro inicial<sup>6</sup>:

*PALABRAS AL AMIGO DISTANTE*

*Ayer  
estuve en Imperial.  
Nada ha cambiado,  
hermano.  
A propósito de antes,  
quiero decir,  
ascendiendo el recuerdo  
y trasladándote,  
impersonal y todo  
me fugué hacia sus  
calles.  
Poco ha cambiado,  
hermano.  
La imprescindible claridad*

<sup>5</sup>Tomás Harris, "Mar de la culpa", *LAR*, Concepción, octubre 1985, p. 27.

<sup>6</sup>Omar Lara, *Argumento del día*. Padre Las Casas: Imprenta "San Francisco", 1964, págs. 8-9 y 13-14.

*del río.  
 Aquellas bocas grises  
 cuchicheando.  
 Los mismos señoritos  
 en importante pugna  
 con la vida.  
 Los pequeños ladrones  
 masticando.  
 Las romanas domésticas  
 de siempre  
 en las bodegas.  
 A propósito de  
 antes.  
 A propósito  
 de las sonambulescas  
 charlas  
 en mi pueblo.*

### HOMBRE

*El hombre  
 baja su corazón  
 en una esquina  
 y canta.  
 Siempre  
 habrá cantos mientras  
 el hombre ciudadano,  
 el hombre hermano  
 del hombre,  
 consiga  
 maniobrar  
 su corazón.  
 Aún el hombre-hambre,  
 o  
 el hombre  
 sin una casa fija,  
 sin una estrella fija,  
 sin existencia fija,  
 arrastra en su  
 costado,  
 muy oculta,  
 una  
 canción.*

No alcanzaré hoy sino a insinuar apenas la trayectoria poética de Omar Lara. Quiero usar sólo un poema más, que tomo de su colección *Voces de Portocaliú* (1984) para mostrar el significativo vuelco que ha dado su poesía en estos veinte años que van desde su libro inicial. En el poema "La rata"<sup>7</sup>, por ejemplo, les sorprenderá ver al joven provinciano, aquel ingenuo espectador de la vida en torno a Nueva Imperial con su idealismo y su nostalgia bajo el brazo, aparecer ahora en medio de la acción, desen-

<sup>7</sup>Omar Lara, *Memoria*. Concepción: Galinost, 1987, pág. 165.



vuelto, abrupto y alienado, inmerso en lo abyecto, viviendo aventuras surrealistas. A cambio de esa aparente pérdida de compostura de un hablante degradado, adviertan cuánto ha ganado el poeta en la dicción del ambiguo texto y en el manejo de recursos líricos.

*LA RATA*

*De pronto estuvo ahí  
guardada en un horrible abrigo color rata  
bajo el abrigo apareció otro día  
con traje y aletas de mujer-rana  
rompí la goma rabiosamente  
a la altura de un seno  
lo besé estaba frío  
como pude la fui desnudando  
una maraña densa la defendía  
hedía a fondo de mar  
me pregunté no estará muerta  
“te engañas” me dijo  
“estoy viva y soy bella”  
en efecto, algo latía en ella y me llamaba  
pero había hostilidad en los objetos y nos separaban  
según apareciendo restos submarinos  
musgo pequeñas piedras botellas con mensajes  
uno de ellos decía “recibe esta mujer  
y no hagas tonterías por ejemplo preguntas  
ella no existe es cierto  
pero nadie es perfecto”*

Antes de pasar al siguiente autor, permítaseme un paréntesis relativo a Omar Lara. He leído en el último número de vuestra revista<sup>8</sup> algunas opiniones negativas relativas a Trilce del escritor valdiviano Jorge Torres. Aunque reconoce en general el aporte cultural de Trilce, es crítico en dos aspectos. Primero, afirma que Trilce no aportó “una propuesta innovadora”, con lo cual quiere decir, creo, que no rompimos con la tradición poética. En eso, estoy de acuerdo con él. Nuestro grupo, de jóvenes aún en formación, no tenía una postura monolítica en favor o en contra de nada. Y ello no me parece censurable. Si los ultraístas decidieron que la metáfora era lo principal de la poesía, allá ellos. Bien pronto, el más agudo de sus escritores se apartó de tal imposición ridiculizando las beligerantes pretensiones anteriores, afirmando que reducir la lírica a la metáfora era no menos absurda que reducirla al punto y coma. Si Darío amaba a los cisnes y las princesitas, allá él. Se dijo que nosotros éramos seguidores de la poesía lárca, con su cortejo de gansos, trenes atrasados, caminos polvorientos, gorriones y toda la gama de la vida provinciana, propiciada por Jorge Teillier. Ni sí, ni no. Algunos gustábamos de su poesía, yo entre ellos, otros no. En uno de nuestros encuentros surgió la propuesta de torcerle el cuello al ganso... Y todos nos reímos. Éramos reverentes, pero no al extremo de negarnos al saludable humor y a ver en cualquier exceso una debilidad nociva. Esta postura de observadores y aprendices nos libró de tener que desmentirnos o abjurar de antiguos credos. Ni tuvimos nunca que avergonzarnos por manifiestos estridentes en que hubiésemos pretendido ense-

<sup>8</sup>*Confluencia*. University of Northern Colorado, Greeley, Colorado, USA. Fall 96, Vol. 12 n. 1, p. 210-8.

ñarle una nueva dirección a la poesía universal. Sólo queríamos recoger de la tradición lo que pudiese interesarnos, aprendiendo todo lo posible en el proceso y, especialmente, afinar nuestras propias percepciones. La tácita propuesta de Trilce era, más que nada, de actitudes. De amor a la poesía y de respeto crítico a la tradición. Ya tendríamos, quizá, fuerza propia para señalar caminos o, al menos, encontrar un lenguaje poético válido con el cual expresar nuestras intuiciones. Nos contentábamos, entre tanto, con un peregrinaje tentativo, respetuoso, atento a la rica polifonía del paisaje lírico. Seguros de que en los poetas mayores de la lengua había muchas lecciones que aprender, y en los menores, quizá no tantas, pero ciertamente algunas no despreciables.

La segunda crítica de Jorge Torres es la de que el grupo Trilce era “tan cerrado que poéticamente no podía haber contacto con los poetas de la generación siguiente”. Culpa a Omar Lara de abusar del poder y de pretender el liderazgo de los poetas sureños. Estas afirmaciones me parecen ya, fuera de lugar. Responde como testigo, al menos hasta 1968, de que son falsas. Trilce era abierto, hospitalario por naturaleza, y las decisiones, casi siempre, unánimes. Omar le daba al grupo más tiempo personal y confiábamos, sin reservas, en que sus actos eran desinteresados y correctos. En cada ciudad tenía amigos poetas y ellos, como ya lo he señalado, pronto eran amigos de Trilce y colaboradores de la revista. Atribuirle mezquindad o vanidad a Omar en mayor medida que a cualquier otro mortal, revela no haberlo conocido a fondo.

En cuanto a *Enrique Valdés* (1943, Río Baker) puedo decir que sin escribir mucha poesía ha vivido inmerso en ella. Creo que la música es para él más importante que la literatura. Se ha unido permanentemente, con matrimonio indisoluble, al violoncello. Y ha sido ese noble instrumento quien lo habrá amparado en sus momentos difíciles. En 1974 incursionó por la narrativa con una hermosa novela, *Ventana al sur*, que es, dicho en el mejor sentido, una novela poética<sup>9</sup>. Luego, ya lanzado hacia la ficción, ha publicado otras dos novelas con éxito de crítica y un premio nacional<sup>10,11</sup>.

Hay una contradicción entre su apariencia de ser bohemio y su naturaleza distraída y desinteresada de los detalles más esenciales a la vida cotidiana, con una incansable perseverancia. Después de los cuarenta se vino a hacer un doctorado en literatura a los Estados Unidos, venciendo dificultades prácticas de toda índole. Lo terminó con una disertación sobre la prosa de Gabriela Mistral que, aunque no he leído, me la imagino surgida de alguna reflexión sobre su propio desarrollo literario. Partiendo de la poesía Enrique Valdés derivó hacia la prosa poética, lo que también había hecho su ilustre compatriota. Hoy en día, regresado a Chile, enseña literatura en la Universidad de Los Lagos, situada en la región sureña. Y estoy seguro que continúa, diaria o nocturnamente, sus íntimas confidencias, su largo romance sin palabras, con su cello. El siguiente es un poema suyo, dictado por su afición a la música, a las palabras y al silencio<sup>12</sup>:

#### NOVENARIO

*Para qué tanto grito, señor Beethoven.  
A quién desea impresionar con tantos ímpetus.*

<sup>9</sup>Enrique Valdés, *Ventana al Sur*. Santiago: Zig-Zag, 1975.

<sup>10</sup>Enrique Valdés, *Trapananda*. Santiago: Nascimento, 1983. Premio Municipal de Novela.

<sup>11</sup>Enrique Valdés, *El trino del diablo*. Valdivia: Alborada, 1988.

<sup>12</sup>Enrique Valdés, *Avisos Luminosos*. Santiago: LAR (Colección Isla Negra), 1986. Pág. 54-5.



*A quién va a hacer callar a estas alturas,  
cuando todos gritan tanto o más que usted  
y todos somos náufragos en busca de silencio.  
Para qué tanto grito, Señor Beethoven.  
No tenemos el gusto de ser sordos,  
ni de hacernos los sordos.  
Y los caminos del Siglo XX se han vuelto intransitables.  
Los caminos de la alegría se cubren de maleza.  
Nuestras guadañas se atascan entre la zarzamora.  
El hollín de la ciudad hace emigrar los pájaros.  
El aire se vuelve irrespirable hasta para las flores.*

*Oh, amigos, no esos sonos.*

*Aquí está su morada, viejo Ludwig.  
Su refugio secreto en los Andantes.  
Escuche usted cómo lloran las violas.  
Para qué tanto grito: repliéguese  
en este cuarto con nosotros.  
Bébase una cerveza y cuéntenos  
de Julieta Gucciardi,  
a quien usted le dedicó la sonata Claro de Luna.  
Cuéntenos que alguna vez pensó en suicidarse.  
Y que tuvo un sobrino al que amó,  
y un padre ebrio, como todos nosotros.*

*Y cuando nos haya dicho todo,  
todo eso que sabemos por la impúdica historia,  
nos quedaremos quietos  
como las aves en el ropaje de los árboles.*

*No llore usted, señor Beethoven, ni grite.  
Ya nadie le hace caso.  
Desde que usted descubrió el silencio en sus Andantes,  
ningún grito, ningún aullido,  
ninguna palabra vale la pena.*

No recuerdo en qué año, **Federico Schopf** (1940, Osorno) se incorporó a nuestro grupo, sería, creo, en el 66. Recién había terminado sus estudios de literatura en Santiago cuando fue contratado como profesor en la Universidad Austral. Al principio su pasión por polemizar nos sorprendió e incomodó. Estaba, sin duda, bien armado teóricamente y dispuesto siempre a utilizar su arsenal en defensa de su postura. Confieso que me resultaba difícil conciliar su clara y admirable inteligencia con la ambigüedad de su conducta diaria. Lara y Valdés me parecían transparentes; Schopf, algo viscoso, escurridizo, inauténtico. Recordando nuestra inicial resistencia, Schopf ha escrito que “los poetas de Valdivia eran altamente susceptibles”<sup>13</sup>. Acaso estaba en lo cierto, especialmente si se incluye a sí mismo en el grupo. Las tareas comunes y el trato frecuente fueron disminuyendo las distancias iniciales. Aprendimos a aceptarlo, con su superioridad teórica y sus limitaciones humanas. Y, nos gustasen o no sus

<sup>13</sup>Federico Schopf, “Las huellas digitales de Trilce y algunos vasos comunicantes”, *LAR*, Número 1, Madrid, octubre de 1983, págs. 13-27.

desplantes y ocasionales dogmatismos, hay que reconocer que plantó en el grupo el demonio de la lucidez. Un elemento que facilitaba nuestra relación era que los cuatro teníamos buen sentido del humor y podíamos burlarnos unos de otros sin demasiada saña ni frecuencia, como es habitual que ocurra en la versión chilena de la amistad. Aunque con Schopf hemos jugado a declararnos enemigos, no hemos caído en la praxis de serlo y espero que sea ya demasiado tarde para caer en ella. Aprendí mucho de él, en muchos aspectos. Especialmente, recuerdo una visita que le hice en Tubingen en 1969, cuando sin tener su dirección logré milagrosamente ubicarlo averiguando con cada transeúnte de la ciudad en mi casi inexistente alemán. Pasé con él unos días muy gratos que culminaron con una visita a la torre donde Holderlin vivió sus décadas de locura rodeado del paisaje idílico en torno al río Nekkar. Era mi primer viaje a Europa y mi descubrimiento de Italia se lo debo a una acertada "carta de navegación" que me garabateó en un café en pocos minutos. En Valdivia, en 1966, Trilce nos había publicado, a él y a mí, nuestros primeros poemarios: *Desplazamientos* y *Opus Cero*<sup>14,15</sup>. El libro de Schopf, lleno de talento poético, le auguraba un brillante porvenir. Sólo después de dos décadas silenciosas ha vuelto a publicar, en 1985, un mínimo libro de poemas, *Escenas del peep-show*<sup>16</sup>, que me resultó decepcionante. Me parece que lo mejor de sus energías Schopf se lo ha dado a la crítica literaria, ejercicio en el cual la formación teórica le facilita su tarea. No así en la creación poética, donde, a mi juicio, se la obstaculiza. Hoy en día enseña literatura en la Universidad de Chile, en Santiago.

Admirable me parece el esfuerzo que hace Schopf en busca de la precisión expresiva pero prefiero, a la rigidez de su óptica, la inocente apertura del poeta que no se impone recetas de cómo hacer poemas y que acepta la libre inspiración de temas, dicción y perspectiva. Para mí, el paseo del artista por las avenidas del mundo, a diferencia de la del cazador con su escopeta, ha de ser como el *walking around* del *flaneur* dominguero. Ver lo que él ve, el puro aspecto sensible de las cosas, no me basta si no logro asomarme a la carga humana de emociones de quien me habla. Reconozco que su método le ha dado buenos frutos. Para mí, el mejor, uno de su primer libro:

#### ORFEO

*Hilos de mar abandonan  
los rasgos de este músico  
apenas detenido en la red que lo aprisiona  
y que algunas manos izan. Esta estatua  
que contempla desde el zócalo  
estos brazos que algún día alcanzará la muerte.*

*Mellado de luz asciende Orfeo:  
argentado de espuma,  
estremece los hombros.*

Creo que este excelente poema ilustra bien su pretensión de escribir una poesía objetiva, análoga a la de Eliot o Montale. De su segundo libro, producto de la misma álgebra, quiero salvar al siguiente texto:

<sup>14</sup>Federico Schopf, *Desplazamientos*. Ediciones Trilce, Santiago: Universitaria, 1966.

<sup>15</sup>Carlos Cortínez, *Opus Cero*. Ediciones Trilce. Santiago: Universitaria, 1966.

<sup>16</sup>Federico Schopf, *Escenas del peep-show*. Santiago: Ediciones Manieristas, 1985.



## LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

*Una doncella desatada canta  
al borde del barranco  
ha abierto la ventana y canta  
de cara al viento que la azota  
y le oscurece el pelo y se lo pega al cráneo.*

*Salvajemente canta  
le corre el agua por los labios  
le humedece la ropa  
le dibuja la forma de los senos  
y ella canta en la noche y la tormenta  
esperando una luz que no llegará  
la luz que irradia de su voz  
y que llega hasta mí.*

El título ajeno, creo, nos desvía innecesariamente hacia el Hesíodo de la contemplación del sujeto. Su retrato, sugerente por sí mismo, pierde inmediatez, se debilita. Acaso unas breves astillas de pasión, en vez de la alusión clásica, le hubieran dado a la exuberante *donna* el fuego que la hubiese salvado de congelarse en el hielo. En suma: acaso pudiéramos invertir el consejo de Italo Calvino (en una de sus conferencias póstumas)<sup>17</sup>, sugiriéndole a Schopf —claro partidario del cristal— que no pierda de vista la llama, cuya crepitación ha enriquecido siempre al trabajo poético, aun a aquel que se cumple bajo el rigor de la exactitud.

Una lectura más detenida de éstos y otros textos les acercaría a ustedes más a Omar Lara, Enrique Valdés y Federico Schopf, en su hacer poético y más a fondo a sus personas, de lo que yo haya podido hacerlo dentro de los límites de esta charla y a partir de mi propia ineludible subjetividad y el filtro de mi memoria.

En 1983 tuve un inesperado encuentro en España con Omar Lara, a quien no veía desde antes de ocurrida la diáspora. Junto a Guillermo Monforte a cuyo talento diagramador —y al de Waldo Rojas— le debe Trilce la belleza gráfica de su Revista de Poesía; caminamos mucho y conversamos sin cesar, mientras Omar me daba una visión de un Madrid que yo desconocía. Como chicos nuevamente, disfrutamos de una tarde en una taberna, donde cada vez que un cliente deja una propina, el mozo hace sonar la campana que le da nombre al local. Llevamos un día allí muchas monedas con las cuales, entre copa y copa, se las goteábamos al mozo comprándole campanazos con los cuales celebrar el recuerdo de algún amigo lejano. Los demás parroquianos nos juzgaban ebrios. Y claro que lo estábamos, pero no de alcohol sino de excesiva amistad, nostalgia y poesía. Al despedirnos en el aeropuerto de Madrid, me pidió que escribiera mis recuerdos de Trilce para publicarlos en un futuro número de la revista, planeado en recuerdo del vigésimo aniversario del grupo. Tal como cuando nos conocimos en mi oficina de la Universidad Austral en 1964, le dije esta vez que no. Ahora mi negativa no era por timidez o por ausencia de materiales, sino, al revés, por superabundancia de recuerdos. ¿Cómo podría yo en pocas páginas resumir un tan rico caudal de sensaciones e imágenes, de vida desbordante? Llegó la hora de partir, nos abrazamos y me subí al avión. Mientras cruzaba el Atlántico seguí con su recuerdo, reviviendo toda nuestra reciente conversación aunque, inevitablemente, superponiéndola como

<sup>17</sup>Italo Calvino, *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Ediciones Siruela, 1989.

en un collage, sobre las imborrables imágenes del pasado en Valdivia. Y tal como en 1964, después de haberle dicho que no, no pude detener la escritura apenas me instalé en mi asiento de Iberia. Al aterrizar en Nueva York tenía concluido un poema en el cual, con unas pocas imágenes, resumí tantos años de Trilce. No oirán ustedes en tales versos nada diferente. Sólo que el poema no nació de un intento ordenado, como esta charla, sino que se escribió solo, empujado por la emoción, viva aún en mí, de haberme reencontrado con el antiguo camarada, después de que tanta agua había pasado bajo los puentes.

*GOTAS VALDIVIANAS  
SOBRE EL MAR ATLÁNTICO*

*No habrá una historia  
de los que amaron,  
contra la lluvia y la rutina  
de una provincia lenta  
en el recodo de lluvias  
tampoco nada rápidas  
ni furibundas, sólo que perpetua,  
—la poesía.*

*Soportábamos,  
como cada hombre cada vida,  
por la exaltación  
de unos instantes.  
Vivir mojados...  
sólo por unos relámpagos  
de intuiciones, claro de versos,  
de cervezas, de gritos "Trilce"  
de una otra acera,  
en fin...*

*No sabíamos que éramos tan felices.  
Creíamos en ser poetas  
pero más en los lomitos del Palace,  
en cruzar a la Isla Teja,  
escaparse una tarde a Corral  
con la chica del día, la de todos,  
y de pronto un recital en Río Bueno  
o Paillaco o Chiloé,  
al que llegábamos no sólo mojados  
sino atrasados y hambrientos  
y les echábamos a borbotones  
nuestros humildes versitos  
con un énfasis verdaderamente,  
vamos, verdaderamente provinciano  
y juvenil y egolátrico  
(como manda don Pío).*

*Cada uno tiene su trozo diferente  
de Trilce (para todos alcanzó  
tu pan, cholito!)  
y en mi corto trayecto estuvo Omar, claro;  
Schopf, con la Poética de Aristóteles*



*lista como un garrote;  
Enrique Valdés, sublime músico de la ingenuidad,  
conductor de polifónicos despistes,  
siempre perdido, siempre puro,  
llorando a Aragón cuando muere Bretón,  
rezagado en las fronteras (olvidó la visa),  
en las estaciones (ha de comprar Sub Terra),  
sorbiéndose los mocos... (Son cosas verdaderas,  
libreme Dios de inventar anécdotas cuando evoco!)*

*No quedarán nuestros versos  
—eso está por verse— pero la voz  
de amigos que engordarán o morirán,  
o deambularán en exilios eternos,  
seguirá murmurando  
como un jardín en la tarde  
bellamente silencioso y transparente,  
mientras este cuerpo me acompañe,  
y acaso, después que yo lo deje  
tirado en cualquier tierra  
silenciosa y transparente  
y húmeda  
bajo la lluvia...*

Ya he dejado dicho que los historiadores de la vida literaria han sido casi unánimes en reconocerle mérito a nuestra actividad. Ella tuvo valor de estímulo para jóvenes valdivianos. Un buen ejemplo entre muchos (que me ayuda a desvirtuar las afirmaciones de Jorge Torres) sería el de Walter Hoefler, reticente y fino poeta, que fue arrastrado fuera del closet —si se me permite el anglicismo— por nuestro ejemplo. Ya dije que poetas del resto del país también se beneficiaron de la hospitalidad tríllica. Y en momentos de barbarie política, Trilce fue un icono de denuncia. ¡Qué contraste! De un lado, lo que habíamos logrado mediante la inocente práctica y divulgación de la poesía: una forma elevada de convivencia comunitaria, educativa de por sí y sin aspavientos. Del otro lado, el peso de la torpeza militar expulsando del país a quienes habían hecho algo por mejorarlo. Y es que no es algo insignificante sembrar en la patria semillas de inteligencia y sensibilidad.

En cuanto a nosotros, los del núcleo local, también fuimos transformados por nuestras acciones. No es que nadie intentase cambiar a nadie, ni en lo poético ni en lo político. Pero era inevitable que de la acción en común aprendiésemos no sólo la teoría que Schopf estaba siempre dispuesto a transmitirnos, sino las necesarias virtudes para aceptársela. La convivencia expandió nuestro marco de referencias literarias. Nos acostumbramos, en el país y en el extranjero, a vincularnos con escritores. Algunos de ellos, como Vargas Llosa, junto a quien participamos en una conferencia en la Universidad de San Marcos, muy apreciativo de nuestra labor y nuestra Revista. “Esto que ustedes hacen”, recuerdo que nos dijo, “no podría hacerse aún en el Perú. Demuestra un nivel cultural muy superior al nuestro”. Y así fuimos, poco a poco, haciéndonos escritores y definiendo progresivamente nuestra órbita. Esto lo veo desde el hoy mirando hacia el pasado, pero si no me engaño, lo más importante en aquel momento que vivíamos era para nosotros esa amistad que nos permitía enriquecer nuestra labor literaria con el auxilio del diálogo, que hace más llevadera la soledad del

creador<sup>18</sup>. No sé si de nosotros cuatro, todos hubiéramos perseverado en la vida literaria, si no hubiésemos tenido, en esa confluencia de nuestras vida, el reconfortante apoyo fraterno. La conjunción de la pasión poética con las circunstancias que nos tocó vivir a cada uno, ese entramado, definió nuestras vidas. Ignoro si ha satisfecho por completo las expectativas de todos. Por mi parte, más que ser un gran poeta, solamente he ambicionado llegar a ser una dócil fibra del universo, tan sensible como una hoja en el otoño o un agua al declive, y tras ese ideal sigo viviendo, leyendo y escribiendo.

Como Omar Lara, pésimo corresponsal, nos hemos intercambiado muy pocas cartas en nuestra vida, pero en una de ellas, enviada el 4 de julio de 1980, desde su exilio en Rumania, y que yo recibí en Guatemala, hay unas líneas que revelan de parte suya la misma exaltada valoración que yo les he confesado de esa aventura poética de que fuimos privilegiados partícipes y a la cual le debemos esta amistad eterna:

“He seguido, algo vagamente, claro, tu destino en esos pagos. De repente alguien te vio o he leído algún trabajo tuyo tomado subrepticamente de una biblioteca amiga. Me ha alegrado tu pasión, tu persistencia en algo en lo que coincidimos en algún momento, esos momentos ya definitivamente sagrados y consagrados en nuestra alma”.

Comencé a enhebrar estas remembranzas a partir de esa frase filosófica de un poeta, la de Neruda, de que “todo se va en la vida. Se va o perece”. Quisiera, al terminar, atenuar su rotunda fatalidad mediante la frase poética de un filósofo, Shopenhauer, quien, en algún fragmento de sus meditaciones, dice que “el tiempo no toca la verdadera esencia de las cosas”. Y esa paradójica afirmación la certifican los recuerdos que he compartido con ustedes, de Trilce y de Valdivia. Nuestros afanes poéticos de hace treinta años son ya, acaso, sombras en la sombra, y sin embargo, si miro hacia mi interior, descubro que aquellas huidizas sombras siguen siendo allí tan luminosas como cuando se desplazaban en el gris, plenas de entusiasmo, chorreando agua viva bajo la lluvia. Y créanmelo que esas imágenes me han acompañado, como una riqueza inagotable, a lo largo de mi vida. ¿Y qué habría sido mi vida, sin ellas? ¿Cómo juzgar lo impensable: una vida puramente pragmática? Un texto del poeta nicaragüense Horacio Peña<sup>19</sup> le da una fría mirada definitoria a eso que llamamos vida:

VIDA

*En cualquier costado que la toque  
duele.  
Por todo lado que la mire  
sangra.  
Carne-llaga.  
Llagada carne de los pies a la cabeza.  
Huesos quebrantados.  
Traspasada de muerte.  
Triste hasta la muerte.  
Mi vida.*

<sup>18</sup>Así lo reconoce nuestro crítico Jorge Torres Ulloa, cuando declara: “(Trilce) tuvo una actitud muy capillista: se relacionaban por vínculos afectivos...”. Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar*. (Grupos literarios de la década del sesenta en Chile. Entrevistas). Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1995, pág. 45.

<sup>19</sup>Horacio Peña, *Antología del Inmigrante*. San José, Costa Rica: Libro Libre (Serie: Poesía en exilio), 1988, pág. 83.



El breve poema ofrece una visión nada idealizada de esta tarea común de vivir cada uno su vida. Ella emite una melodía lúgubre, semejante a la del Neruda *Residencia en la Tierra*. Con una diferencia: que Horacio Peña ha dejado fuera de su radiografía, acaso para mejor enfatizar el drama del vivir, todo lo amable que —me imagino— habrá habido en su jornada. Acepto la verdad poética de su texto, aunque pienso, como el Neruda residenciario, que el amor, la amistad y la poesía son fuerzas de apoyo, poderosas aliadas del hombre en su diaria batalla contra la muerte. Los poetas de Trilce, creo yo, fuimos preparados por nuestra alianza poética en esa remota ciudad sureña para proseguir, cada uno, nuestro camino por la vida con un talismán protector, un elixir benigno depositado en las entretelas del alma contra esos trastazos de la vida, tan fuertes, que Vallejo, en vigorosa metáfora, denunció como “heraldos negros que nos manda la Muerte”<sup>20</sup>.

<sup>20</sup>Este trabajo fue leído en la University of Northern Colorado, Greeley, Colorado, el 20 de junio de 1997. Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Juan Armando Epple por haberme proporcionado, con su generosidad habitual, información y textos relativos a Trilce que yo desconocía.